



2



HABÍA UN SOLO GUARDIA APOSTADO AFUERA DE LA oficina del supervisor del puerto. No era mucho mayor que yo. Estaba sentado, repantigado sobre una banca en el porche, intentando arrancarse un padrastro de un dedo. Pasé junto a él, dando zancadas.

–¡Oye! –gritó cuando ya había pasado. Se puso de pie de un salto, con un gran estruendo de su armadura–. No puedes...

Abrí la puerta mosquitera de un tirón y entré.

–¡Pa! –exclamé sin aliento–. Son los Perros Negros.

Papá estaba sentado en una silla con patas delgadas, discutiendo con el supervisor del puerto por encima de un escritorio abarrotado.

–Escucha, Jack... –al oír mi voz, dejó de hablar y se volvió–.
¿Qué?

El comandante Keros estaba parado detrás del supervisor con los brazos cruzados. Los últimos destellos de la puesta del sol, que entraban de soslayo a través de las cortinas, iluminaban las motas de polvo del aire y se reflejaban en la empuñadura de la espada del comandante. Todas las paredes de la oficina estaban revestidas con vitrinas llenas de curiosidades de las tierras fluviales.

–Yo... lo escuché en la taberna –tartamudeé, repentinamente cohibida al sentir el peso de las miradas de los desconocidos sobre mí–. La capitana Brixton dice que el barco pertenece a Diric Melanos.

Papá levantó la cabeza de golpe. Reconoció el nombre aunque yo no lo hubiera hecho.

El comandante apretó la mandíbula.

–Historias de pescadores contadas por un grupo de balandrerros. No saben de lo que hablan.

Oí el ruido de pesadas botas que rozaban el suelo detrás de mí. Había dos soldados de pie, uno a cada lado de la puerta. Retrocedí sobresaltada y choqué contra una vitrina, y los artículos en su interior se sacudieron ruidosamente.

–Esos balandrerros son mis amigos –papá tenía un aspecto imponente con su largo cabello pelirrojo y el cuello de la camisa desabrochado despreocupadamente, dejando al descubierto los tatuajes descoloridos que tenía en el pecho–. Confío más en ellos de lo que confío en gente como usted.

El comandante Keros se volvió hacia mí.

–¿Qué pretendes al irrumpir aquí, niña? Esta es una reunión privada.

Papá se sentó más erguido.

–Lo que sea que quiera decirme, mi hija puede escucharlo.



–¿Esta niña es su hija?

El comandante me examinó de una manera a la que, lamentablemente, ya estaba muy acostumbrada. Intenté ignorar la sensación desagradable que me provocó al recorrerme con la mirada.

No todas las niñas se ven como sus madres. Desafortunadamente para mí. Mi madre se parecía a una estatua de bronce clásica. De ella heredé su piel morena y su cuello largo y delgado, pero las pecas y el tono castaño rojizo de mis rizos compactos eran herencia de mi padre. En las ciudades costales, es común ver gente con herencias mixtas. Pero en las tierras fluviales del interior, y en especial aquí, cerca de la frontera con Akhaia, mi aspecto llamaba la atención. El comandante nos observó alternadamente, como si fuésemos un enigma que debía descifrar.

Papá lo ignoró.

–¿Melanos y los Perros Negros tan al norte? –negó con la cabeza–. No tiene sentido.

El comandante tomó un pergamino enrollado del interior de su abrigo y lo golpeó suavemente contra la palma de su mano un par de veces.

–Como decía, capitán Oresteia, hay cierto... cargamento... esperando en el depósito. Necesitamos que lo lleve a Valonikos.

La Ciudad Libre de Valonikos, una ciudad-estado independiente ubicada hacia el noreste, estaba a una semana de viaje en balandra. Conocía el trayecto, que atravesaba dos ríos diferentes, pero no lo recorríamos a menudo. Papá prefería trabajar la ruta entre Triikkaia e Iantiporos. Pagaba mejor.

–¿Esa es su propuesta? –los ojos de papá se encendieron de ira–. ¿Eso es todo lo que tiene para decir? A mí me parece que a once de mis amigos les incendiaron sus barcos porque los Perros Negros estaban buscando ese cargamento suyo. No esperaba que atara cabos y sacara conclusiones, ¿verdad?



Esta vez fue el supervisor del puerto quien habló:

–Lleva el cargamento a Valonikos y haremos desaparecer la acusación por contrabando. Es el mejor trato que estoy dispuesto a...

–¿Qué acusación? –interrumpí–. ¿Qué está sucediendo?

El supervisor del puerto entornó los ojos.

–No te molestes en hacerte la inocente. Ese cajón que transportan está lleno de mosquetes y suficientes municiones como para causar problemas.

El contrabando era una antigua tradición en las tierras fluviales. Nosotros nos dedicábamos a eso ocasionalmente, al igual que muchos otros balandrerros. Algunas personas pagaban buen dinero para pasar cargamentos indocumentados a través de la frontera, sin preguntas. Y no era como si esos mosquetes fueran a ir a parar a manos de criminales; su destino era un grupo de rebeldes akhaianos, exiliados de su país por publicar un panfleto que al Emparqués no le había gustado. Papá tenía cierta debilidad por ellos, y a menudo les llevaba de contrabando provisiones y paquetes con cartas de su tierra natal.

–¿Cómo sabe acerca de...?

Con las mejillas encendidas, cerré los puños.

Por supuesto. Mientras Fee y yo estábamos en el Empalme, los hombres del comandante habían estado arrastrando sus botas embarradas a bordo del *Cormorán*. No tenían derecho a subir a nuestra balandra sin permiso.

Papá tenía la mandíbula apretada.

–Puede que haya roto algunas reglas con esos cajones, Jack –repliqué–. Pero tú mismo estás rompiendo algunas con esa búsqueda e incautación.

–Esto es chantaje –dije, dando un paso al frente.

El comandante Keros me ignoró.

–Capitán Oresteia, estoy dispuesto a otorgarle una patente de



corso. Lo autoriza a utilizar todos los medios necesarios para hacer llegar ese cargamento a Valonikos.

–¿Una patente de corso? –dijo papá con tono intrigado.

–Ejem –el supervisor del puerto se sonrojó–. El hecho es que el tuyo es el único barco en Atalaya de Hesperia que no fue destruido por el fuego.

–Discúlpame, Jack, pero el *Cormorán* es una balandra. Equipada para transportar cargamento. ¿Cómo quieres que me mantenga alejado de los Perros Negros? ¿Que vaya más rápido? Se necesita más velocidad de la que tenemos. Desde luego, no pretendo ser descortés. Pero entiendes a qué me refiero.

–Creo que sé lo que es una balandra, gracias, Nick.

La curiosidad fue más fuerte que yo y me volví hacia el supervisor del puerto.

–¿Qué es el cargamento? –pregunté.

Tenía que ser algo importante. Algo peligroso. ¿Por qué otro motivo los Perros Negros dejarían su territorio en las aguas del sur y vendrían hasta aquí? ¿Y por qué el comandante se tomaría la molestia de inspeccionar nuestra balandra y tratar de intimidarnos con sus soldados?

El supervisor del puerto revolvió su manajo de papeles.

–No puedo decirles.

–Entonces no puedo llevarlo a Valonikos. Caro tiene razón –papá les dio unos golpecitos a los papeles–. No tienes la intención de darnos una alternativa, ¿cierto? Eso está mal de tu parte, Jack –dijo y miró al supervisor del puerto–. ¿Hace cuánto conoces a mi padre?

–Tu padre jamás hubiese tocado esas armas de contrabando, y lo sabes.

Papá rio.

–Sé que mi padre era muy bueno en lo que hacía. No diré más que eso.



Me mordí el labio para no sonreír. Mi abuelo había sido un célebre contrabandista pero, por supuesto, el supervisor del puerto nunca lo había atrapado.

El supervisor hizo una mueca. Me di cuenta de que papá no se había ganado precisamente la simpatía del hombre con ese comentario.

–Llevarás este cajón a Valonikos.

Papá podía manejar al viejo Jack. El que me preocupaba era el comandante. Tenía el aire de alguien que no está acostumbrado a que le digan que no.

–Ya tengo un cargamento –insistió papá con serenidad–. Una carga completa de madera para Siscema. ¿O quizás también la incautaron? No lo harán, porque no tienen ni la grúa ni las palancas para descargarla, no con el muelle reducido a cenizas. Tampoco tienen el derecho. La documentación de esa madera está perfectamente en regla –papá dio unos golpecitos sobre la mesa–. En cuanto a ese cajón tuyo, tal vez hace unos años. Pero no ahora. Tengo a mi hija conmigo, Jack.

Eso me hizo enfadar. Papá siempre hablaba de la orgullosa tradición de los Oresteia como contrabandistas, evasores de reglas y sinvergüenzas. Éramos la balandra perfecta para transportar el cargamento del comandante. Una pizca de indignación se retorció en mi pecho. Todavía no podía oír al dios que está en el fondo del río, pero podía lanzar un cuchillo tan bien como cualquiera, o eso creía. No era una niña.

–Pa, creo...

Me lanzó una mirada severa para hacerme guardar silencio.

–Me temo que no va a poder ser. No transporto cargamentos sin saber qué contienen, en especial si es algo que nos pone en peligro a mí y a mi tripulación. Si quieres a alguien que acepte tu dinero en un abrir y cerrar de ojos sin hacer preguntas, deberías hablar con la Compañía Bollard.



Los Bollard eran una poderosa familia mercante con fama de ser un tanto despiadados. Suponía que podían permitirse aceptar un contrato inescrupuloso: tenían pilas de dinero y eran dueños de docenas de barcos.

Papá apretó con más fuerza los brazos de la silla.

–Soy un balandrero libre –dijo y me di cuenta de que se estaba preparando para ponerse de pie y marcharse–. No tengo que hacerles sus mandados.

El comandante sonrió y dijo:

–Lamento oír eso.

Los soldados sujetaron a papá de los brazos y lo levantaron a la fuerza de su silla, que cayó ruidosamente al suelo. Papá le dio una patada al hombre más bajo, en un intento por hacerlo caer. Pero, para el caso, podría haber estado intentando derribar un árbol.

–¡Pa! –grité y me lancé hacia adelante, con la mano sobre la empuñadura de mi cuchillo.

Mi padre se sacudió, con los músculos tensos, mientras los guardias lo sujetaban. Se quitó de un soplido el cabello que le había caído sobre el rostro enrojecido.

–¡Caro! ¡No te metas!

El comandante les hizo una seña a sus hombres.

–Es una pena que no hayamos podido llegar a un acuerdo –dijo con calma, mientras empujaban a papá hacia la puerta–. Pero, afortunadamente, hay once balandreros en el Empalme que se encuentran sin barcos. Uno de ellos accederá.

–¡No! –se me quebró la voz. La idea de que otras personas que no fuésemos nosotros navegaran el *Cormorán* me daba náuseas. Era nuestro hogar–. ¡No puede! ¡Es *nuestro*!

Se me vinieron a la mente todas las cosas que podían salir mal. Los Perros Negros podían hundirlo. Podría no verlo nunca más.



El comandante se volvió hacia mí.

–¿Cómo te llamas, niña?

–Caroline –respondí, mientras le lanzaba una mirada asesina.

Si me decía “niña” una vez más...

–Guarda ese cuchillo, Caroline.

Bajé la mirada hacia mis manos, sorprendida. No me había dado cuenta de que había desenvainado el cuchillo. Todo había sucedido tan rápido. Estaba tan conmocionada que retrocedí. Mis piernas golpearon contra la silla y me dejé caer en ella.

Un comandante del ejército de la Margravina. Y yo lo había amenazado con un cuchillo.

Pero no parecía que estuviera por colgarme. O arrestarme. De hecho, no parecía considerarme una amenaza en absoluto. Se miró en el espejo que estaba sobre el escritorio del supervisor del puerto y se enderezó el saco del uniforme. Se veía casi aburrido por los procedimientos.

Volví a envainar el cuchillo y me levanté de un salto.

–¿Qué hay de mi padre?

–Tu padre será trasladado a uno de los barcos-prisión en Iantiporos –respondió y abrió la puerta–. Se le asignará un defensor, como es su derecho según la ley.

–Esto no es justo –dije y lo seguí hasta el porche.

Había escuchado cuentos espantosos acerca de esos barcos, donde había cientos de hombres encadenados en medio de la suciedad, mientras esperan sus juicios por delitos contra la Margravina.

–No tenían ningún condenado derecho a abordar nuestra balandra sin nuestro permiso.

–La vulgaridad no me impresiona –dijo el comandante–. No la tolo de parte de mis jóvenes soldados, y tampoco me agrada de ti.

Bien, yo no era uno de sus soldados, así que no tenía derecho a opinar sobre mí.



Los hombres se llevaron a papá dando la vuelta al edificio. Fee saltó de la barandilla y los siguió. En cuanto los perdí de vista, sentí que me atravesaba una punzada de incertidumbre.

El comandante ya había bajado los escalones del porche.

–¿Y el *Cormorán*? –le grité, con la voz colmada de ira.

–Su balandra ha sido embargada. Será confiscada y puesta bajo el control del supervisor del puerto.

Una balandra no era una simple cosa. Sentí que me consumía la indignación.

–¿Y qué hay de Fee y de mí? ¿A dónde se supone que vayamos?

–Me temo que tendrás que discutir eso con tu padre. Fue él quien tomó la decisión, no yo.

–Usted no le dio *ninguna* alternativa –repliqué, mientras trotaba para seguirle el paso.

–Podría recordarle, señorita Oresteia, que el contrabando es un delito en estas aguas –dijo y arqueó las cejas–. Y ya que es más que evidente que usted y su mujer-rana fueron cómplices, podríamos decir que la están sacando barata.

–¿Y si pago la multa?

El comandante se detuvo.

–Muy bien –me di cuenta por su tono que estaba perdiendo la paciencia–. Si puedes conseguir seis talentos de plata y pagárselos al supervisor del puerto, te devolveremos a tu condenado padre y tu condenado bote.

Él sabía que yo no tenía tanto dinero. Estaba jugando conmigo. Se me hizo un nudo de amargo resentimiento en la garganta.

El comandante me sonrió con suficiencia, como si yo fuese solo tierra bajo sus botas.

–Buen día.

El principio de una idea es como la estela detrás de tu barco



cuando comienzas a alejarte del muelle, solo unas burbujitas que giran lentamente en círculo. Pero luego se agranda y se acelera, hasta convertirse en una ola blanca y espumosa que se extiende desde la popa. Mi idea comenzó así, como un diminuto destello de valentía que creció.

–¡Comandante Keros! –corrí para alcanzarlo–. ¡Espere!

–¿Qué quieres ahora? –gritó con tono tajante y autoritario.

Me di cuenta de que se había estado conteniendo, pero parecía que ya se le había acabado la paciencia.

–Yo llevaré su cargamento –era imposible que no oyera cómo me latía el corazón–. Conozco el camino a Valonikos como la palma de mi mano –afirmé–. Y conozco al *Cormorán*. Lo he estado navegando toda mi vida. Creo que eso me convierte en una mejor opción que cualquiera de esos otros capitanes.

A decir verdad, no estaba para nada segura de eso.

–Bueno –dijo el comandante y me recorrió con la mirada mientras yo contenía la respiración–. Entonces, señorita Oresteia, supongo que necesitaremos un contrato.

El supervisor del puerto levantó la mirada de sus libros de cuentas, sorprendido, cuando volvimos a entrar a su oficina. La alfombra todavía estaba arrugada cerca de la puerta, donde mi padre se había defendido de los soldados. Aparté la mirada y me senté en la silla, tensa. Entonces recordé que papá había estado tumbado, como si no le importase. Me obligué a reclinar me hasta que mis omóplatos tocaron la madera del respaldo.

El comandante extrajo un fino pergamino del bolsillo de su abrigo y lo desenrolló sobre la mesa.

–Esto es una patente de corso, señorita Oresteia. ¿Sabe exactamente qué implica eso?

Negué con la cabeza, aturdida.

–La Margravina es la soberana de Kynthessa...



–Eso lo sé –solté con tono brusco–. No soy idiota.

El comandante continuó.

–Un capitán en posesión de una patente de corso de la Margravina no puede ser detenido ni interrogado. Cualquier cosa que haga, incluso un asesinato o un acto de piratería, queda entendido que lo hace al servicio de la Margravina –dijo unos golpecitos sobre el pergamino–. Ahora eres una corsaria. Si alguien te causa problemas, debes mostrarles esto.

Pensé en los Perros Negros, en ese cúter de guerra con los cañones de cuatro libras. Si les mostraba un trozo de papel, probablemente se reirían en mi cara. Y luego me dispararían. Pero me guardé ese pensamiento.

–Entregarás el cajón en el consulado akhaiano en Valonikos. Al finalizar el contrato, se te pagarán diez talentos de plata.

Diez talentos de plata era una increíble suma de dinero, mucho más de lo que podía valer el cargamento de un cajón.

–Y si hago esto –dije con cautela–, si llevo este cargamento a Valonikos sin hacer preguntas, etcétera, lo que sea. Si hago esto, ¿dejarán libre a papá? ¿Retirarán todos los cargos?

–No te encuentras exactamente en condición de negociar.

Escuché la voz de papá dentro de mi cabeza. *Siempre estás en condición de negociar. Si creen que no lo estás, mucho mejor. Ya los tienes.*

Me encogí de hombros y dije:

–Bueno. Supongo que no tenemos un trato.

La mandíbula del comandante se contrajo nerviosamente.

–Este cargamento debe estar a bordo de la balandra y fuera de Atalaya de Hesperia en menos de una hora, ya sea contigo o con otro capitán.

Sujeté con fuerza los brazos de la silla.

–No se atrevería –repliqué.



Pero sabía que sí. En lo profundo de mi ser, una pequeña voz se preguntaba si el *Cormorán* no estaría más seguro en manos de la capitana Brixton o del capitán Krantor.

—Cálmese, señorita Oresteia —dijo, suspirando—. Encontrar otra tripulación llevaría tiempo. Intentar razonar con su irracional padre *también* llevaría tiempo. Y tiempo es lo que no tengo.

—¿Por qué no lleva la caja usted mismo, si es tan importante?

—Mis hombres y yo nos dirigimos hacia Akhaia. Hay... malestar en la capital. Debemos cuidar los intereses de la Margravina allí.

—¿La caja no es uno de sus intereses?

—Jovencita, somos soldados, no carreteros ni balandreros —dijo despectivamente, como si un carretero o un balandrero fuesen personas de una clase muy inferior a la de un comandante de una compañía militar. Personas de poca importancia. Se encogió de hombros—. Todos hacemos lo que debemos.

Comprendí lo que quería decir. Me estaba informando que nuestra conversación estaba terminando. Ahora yo debía hacer lo que debía hacer.

—La Margravina me quiere en Akhaia, no desperdiciando valiosas horas en esta pequeña y sucia ciudad —dijo—. Tus condiciones son aceptables. Si entregas el cajón al inspector del muelle en Valonikos, tu padre será un hombre libre. Mientras tanto, permanecerá aquí, bajo la custodia del supervisor del puerto.

El supervisor terminó de garabatear el contrato y sopló la tinta para secarla. Me ofreció el pergamino y yo lo arrastré por encima de la mesa hacia mí.

—¿Sabes escribir tu nombre? —preguntó el comandante mientras colocaba una pluma en mi mano.

—Por supuesto —le lancé una mirada furiosa—. Puede que no sea un *comandante* con un abrigo elegante, pero no soy estúpida.



Por la forma en la que me miró, me di cuenta de que lo había irritado. Sin embargo, debe haber estado realmente ansioso por librarse de mí, porque no dijo nada.

Papá dice que uno debería leer cada palabra de un contrato al menos dos veces, pero estaba escrito con vocabulario florido e incluía muchas cláusulas que se salían por interminables tangentes. Respiré hondo. *Tranquila. Como el río.* Intenté visualizar agua que corría con calma entre rocas y juncos, pero mis emociones estaban tan alborotadas como las grandes olas del océano. Las palabras flotaban frente a mí como arañas negras sobre el pergamino. Me di por vencida y firmé “Caroline Oresteia” junto a la X que estaba al final.

Y entonces, estuvo hecho.

